



Jorge Edwards:

# Yo odiaba la poesía; creía que

## Entrevista con el escritor chileno, últ

**¿Cuándo tuviste el primer signo de una vocación de escritor? ¿Cuándo comenzaste a escribir?**

Mira, muy temprano. A los once años escribí un artículo sobre Cristóbal Colón para la revista del colegio de San Ignacio. A los catorce años escribí un artículo sobre León Bloy; yo me consideraba en ese entonces un escritor católico. Después escribí una especie de viñeta sobre un lugar imaginario, que era totalmente azoriniano. Yo en esa época leía mucho a los escritores del 98 español: Azorín, Baroja...

**¿Estimulado por tus profesores, por tu familia...?**

Mi familia, y especialmente la de mi padre, era del mundo burgués chileno, y del mundo de los negocios, más que del de la política. Yo consideraba que escribir literatura era una especie de transgresión atroz. Así, yo era un escritor clandestino, totalmente clandestino, que tenía como tres o cuatro lectores, que eran unos amigos. Cuando a ellos les gustaba lo que les enseñaba, sentía que me había sacado el Premio Nobel. Y creo que siempre he conservado una cierta inclinación por un tipo secreto de escritura. Siempre he pensado que la literatura no es una profesión: es una vocación, y casi un vicio.

**Algo muy distinto de la óptica de Vargas Llosa, por ejemplo, que debe tanto a ciertos modelos del XIX. La tuya sería más bien algo dieciochesca: La literatura como un pasatiempo, la cultura como la curiosidad bien dirigida. En cualquier caso, ¿cómo se formaba un escritor en el Chile de tu época?**

Yo pasé a la escritura por la lectura. ¿Y cómo entré en la lectura? En el colegio de San Ignacio antiguo donde estudié, lleno de curas vascos, franquistas, el año 39, 40, cuarenta y tantos, te enseñaban una literatura a la fuerza y de memoria. Tenía que aprender poemas de Gabriel y Galán, de Campoamor... Recuerdo que tuve que aprender el vaso roto, un poema de un escritor francés que obtuvo el Premio Nobel, y que hoy sólo se conoce porque es el nombre de una plaza: Sully Proudhomme.

Yo odiaba la poesía: creía que era una cosa de maricones. Pero a los catorce años cayó en mis manos un manual de técnica literaria que teníamos que estudiar; hecho por un señor que se paseaba por la Alameda, un caballero de patillas y de polainas, que se llamaba Eduardo Solar Correa. Resulta que don Eduardo, que era especialista en temas coloniales, tenía buen gusto literario, y cada vez que explicaba una forma métrica, la ilustraba con un ejemplo de San Juan de la Cruz, o de Quevedo, o de Darío. A mí me fascinaron esos ejemplos, y comencé a buscar esos autores. Entonces me encontré leyendo poesía y después escribiéndola. Escribía una poesía imitativa; se me quedaban pegados los ritmos de los poetas que leía. Tenía oído musical. Así que me salían bien, lo que impresionaba a esos tres o cuatro amigos del patio del colegio, pero yo me quedaba muy insatisfecho porque no podía encontrar un tono personal.

Entonces, de repente, encontré que ciertos episodios, que estaban en mi memoria y que eran parte de una memoria colectiva - de mi familia, la memoria del patio de atrás de la casa, donde unos tipos llegaban del campo trayendo sacos de papa, pollos, del patio de mi colegio -, eran unos elementos con los que yo podía escribir unos textos en prosa, que se acercaban a algo que me parecía más personal. Así comencé a escribir cuentos.

Eso coincidió con otro paso más en la lectura. Yo leía a poetas españoles, pero un día, un tipo que era dos años mayor que yo, Roberto Torrete - una especie de superinteligente de mi generación que después se dedicó a la filosofía y dirige ahora el departamento de filosofía de la Universidad de Puerto Rico - me dijo: Oye, las cosas que tú me cuentas de tu colegio, de los retiros espirituales, se parecen mucho a lo que escribe un escritor irlandés que se llama Joyce. Entonces pasé a leer a Joyce. Primero el Retrato de un artista adolescente, que me impresionó por el ambiente jesuita que yo conocía, y por el paso de la religión católica al laicismo, que yo estaba haciendo a los catorce años. Después leí Dublineses, que

